



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11180

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
n.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.
de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 10 DE FEBRERO DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

VUELTA Á LA VIDA

Ha terminado el periodo anormal en que se ha deslizado nuestra vida desde el momento en que por las desdichas de la guerra hubo que pedir al enemigo la suspensión de hostilidades. Negociada la paz y aprobado por el Senado de Washington el tratado de París, necesita el gobierno que las Cortes aprueben su conducta y al efecto se ha publicado la convocatoria.

Mientras llega el momento de que los representantes de la nación concurren á la cita, queda remite grado el país en sus derechos, se levanta á la prensa la censura y todo vuelve á la normalidad que hubo de ser suspendida por circunstancias dolorosas que no es necesario decir, porque están frescas en la mente de todos.

La supresión del lápiz rojo ensancha el campo en que se mueve el periodista; y al sentirse este libre del freno que lo ahogaba, da rienda suelta al pensamiento juzgador para censurar ó aplaudir, para exigir violentamente responsabilidades tremendas ó para alabar gestiones mal juzgadas porque no han sido explicadas cual debieran.

El restablecimiento de las garantías constitucionales va á producir animación extraordinaria. No hay que alarmarse por tal fenómeno. ¡Ay de nosotros si después de tanto tiempo de quietud forzosa no mudáramos de postura para reponernos del cansancio que nos produjo la primera á que estuvimos sometidos! ¡Ay de nosotros si al caer de nuestra boca la mordaza no diéramos con gritos más ó menos destemplados, señales de satisfacción! Si permaneciéramos inmóviles y silenciosos, entonces sí que podía certificarse que España era un país moribundo para el

cual no había remedio en lo humano.

Pere mientras se vive y clame y fije su atención en los problemas que han de ser su redención; y se interese en las discusiones de la prensa y ponga toda su alma en los oídos para no perder palabra de lo que se diga en las Cortes, como explicación de lo pasado, España será un pueblo lleno de vida, capaz de volver por su historia y por su brillo.

Juzganla mal los que la juzgan muerta. Mas lo estuvo en el Guadalete y renació en Covadonga.

Ahora renacerá también con soberano brío y quien sabe si andando el tiempo proporcionará serios disgustos á los que la juzgan ahogada.

TIJERETAZOS

El gobierno americano ha ordenado al almirante Dewey que aniquile á los filipinos.

Y dirá el jefe de los yanquis parodiando al célebre matador de ratas:

—Que me los traigan á bordo ó iré dando cuenta de ellos.

Porque no ha de exigir Mac Kinley á su almirante que ponga proa adentro y pase por ojo á los pueblos del interior.

Dice el general Otis que la artillería de los tagalos estuvo servida durante el último combate por soldados de España.

Pero hace una salvedad.

Que dicho servicio no fué voluntario sino obligatorio.

No nos extraña.

El peligro de que los soldados españoles se vean obligados por los filipinos á luchar en primera línea lo tenemos descontento.

Si se hubieran llevado con más actividad las negociaciones para el rescate no se verían obligados nuestros compatriotas á exponer la vida en causa ajena.

El cabecilla Aguinaldo ha suspendido

las garantías constitucionales en el archipiélago filipino.

¡Caramba con el mestizo!
No ha hecho mas que sentar plaza en la política y ya manipula á los maestros.

¿Y que garantías serán las que ha dejado en suspenso el cabecilla?

Las únicas de que se goza por allá son recibir un tiro por sorpresa, ó un machetazo por la espalda, algún palo al desuido ó alguna mala razón.

Y eso es inútil que lo suprima Aguinaldo.

Le desobedecerían los filipinos ó se le sublevarían, que es peor.

EL CAPITÁN RISTORI

En el tren correo de antayer llegó á esta capital de Departamento el valiente capitán de aquel apellido, que tan alto ha puesto su nombre en la campaña contra yanquis y tagalos.

El arrojado militar trae de la campaña un brazo menos y una historia envidiable, como se ve por los siguientes datos que hemos podido recoger.

El combate de Cavite.

El día 1 de Mayo de 1898, á las 6 de la mañana, dió comienzo el combate. Mandaba Ristori la guarnición del crucero «Reina Cristina». Durante la acción perdió más de la mitad de la gente que mandaba, resultando él con tres heridas contusas, apesar de lo que permaneció en su puesto hasta que se tocó abandono de buque por arder el «Cristina» y ser inminente la voladura de sus pañoles.

Al abandono del buque resultó, que las embarcaciones menores habían sido echadas á pique por el fuego enemigo y que solo podía contarse con un lanchón, en el que embarcó el almirante Montojo, con el E. M. y algunos heridos; Ristori, al ver que se alejaba del buque dicha embarcación, se lanzó al agua en demanda de ella, logrando alcanzarla á 50 ó 60 brazas de distancia. Del lanchón se pidió auxilio al crucero «Isa de Cuba» que se puso al momento en demanda de los naufragos, con tan mala suerte, que dando una trompada al lanchón lanzó al agua gran parte de sus tripulantes, entre los que cupo á Ristori esta nueva desgracia.

Nadando de nuevo en demanda del crucero, se vió asido, por las piernas, por un Contramaestre herido y dos soldados de Infantería de Marina que estuvieron á punto de ahogarle y lo hubieran realizado á no poder Ristori asirse á tiempo de un cabo salva-vidas que pendía de un bote de los del costado del crucero, con lo que logró salvar su vida y la de los tres que se le unieron. En el «Isa de Cuba» el Dr. Refondo curó, de primera intención, las heridas de Ristori, después de lo cual y completamente terminado el combate, desembarcó en el Arsenal de Cavite.

Bombardeo del Arsenal y evacuación de Cavite.

Sin poder atender al cambio de ropa, Ristori se presentó en el Arsenal al jefe de su Batallón y soportó el bombardeo que duró hasta que fué izada la bandera blanca. Al día siguiente fué evacuado Cavite saliendo Ristori con el Batallón á que pertenecía en dirección á Manila á donde no llegó Ristori por haberse distribuido las fuerzas del Batallón entre los destacamentos que defendían la playa de la Provincia entre Cavite y la Capital.

Operaciones en tierra

Reconcentradas á fines de Mayo las fuerzas de dichos destacamentos en San Francisco de Malabón, dió orden el general Peña que la compañía de Ristori que mandaba el capitán Casanovas pasara á defender el pueblo de Bacoor por temerse un levantamiento general en la provincia.

El día 29 de Mayo empezaron á romper las hostilidades los tagalos y el comandante militar del puesto dispuso que Ristori con 25 hombres de infantería de Marina y 12 voluntarios indígenas, con un segundo teniente de ellos, defendiera el puente de Banabio, por considerar aquel punto como el más avanzado hacia el enemigo. Dicho puente se halla á un kilómetro de Bacoor.

El mismo día 29 fué atacado por la tarde el puente por unos 2000 insurrectos armados de Mauser, que incomunicaron las fuerzas que mandaba Ristori de las que guarnecían á Bacoor. Ristori no queriendo entregarse sostuvo el combate que se le presentaba. Los voluntarios, después de tirarle al río dos cajas de municiones de las que llevaba, le abandonaron haciéndole fuego, al que

contestaron los soldados de Ristori causando bajas á los desertores. El combate duró hasta el anochecer y no quedando en pie de las fuerzas defensoras del puente mas que el teniente Ristori, con dos brazos en el codo derecho, y un sargento ileso, las fuerzas insurrectas se posesionaron del puente, cogiendo prisioneros á todos los heridos y al sargento dicho.

Del puente fueron conducidos los heridos á un bahay del campo enemigo, donde permanecieron toda la noche sin ser curados ni alimentados.

Al día siguiente, fueron trasladados al hospital insurrecto de Cavite, donde los mediquillos tagalos les hicieron las primeras curas á su manera. En dicho hospital no se les daba otra alimentación que arroz malo cocido en agua sin sal.

A los 6 ó 7 días de hallarse Ristori en el hospital insurrecto, le vieron los médicos americanos del «Concord», «Olimpia» y otros buques de la escuadra y decidieron amputarle el brazo en vista del mal estado de la herida. A dichos médicos, así como al comandante del «Concord», debió Ristori muchas atenciones y cuidados durante su permanencia en el hospital.

El 5 de Junio le amputaron el brazo, pasando el día 15 á Manila en unión de unos 600 heridos que devolvió Aguinaldo al general Augustin. En el hospital de Manila terminó su curación, sufriendo los honores del sitio de la capital hasta el 13 de Agosto que se rindió la plaza. Regresó á España en el «Buenos Aires».

Por Guerra le fué concedido el empleo de capitán, por la acción del 29 de Mayo que tambien le dió derecho á que se abriera juicio contradictorio para la cruz de San Fernando.

El anterior relato no puede ser mas interesante. Veinte años cuenta el señor Ristori y ya ostenta en las boca mangas de su uniforme de infante de Marina los galones de capitán; pero ¡á cuanta costa los ha ganado!

Lamentamos la desgracia que le priva de seguir prestando un activo sus servicios á la patria y le rendimos el tributo de admiración á que se ha hecho acreedor por sus heroicidades.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 658

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 662

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 659

—A mas de eso, podía suceder muy bien que doña Esperanza hubiese salido para dar algun aviso y volver despues.

En uno de los armarios se encontró puesta una llave, y pendiente de ella, por un aro de acero, algunas otras.

Esto favorecía los intentos de Mr. de la Chaumiere, que, como se ve, eran los de un robo con la ayuda de la justicia.

Pero solo encontraron gran cantidad de riquísima ropa blanca, como hasta media docena de lujosos trajes, algunos utensilios de tocador, y algunas piezas de vajilla de plata; pero ni una sola alhaja, ni un solo papel ni una moneda.

Aquello no merecía la pena de exponerse.

Mr. de la Chaumiere comprendió que doña Esperanza se había ido para no volver, y dijo al alcalde:

—Aquí hay un grave secreto de Estado, y conviene que esta casa quede vacía y sin señales de que nadie ha entrado en ella: salgamos, y por vuestra parte, id y soldad á esos criados que han sido llevados á la cárcel.

—¿Y las costas de todo esto? dijo el alcalde.

—En los procedimientos de oficio no hay costas, dijo Mr. de la Chaumiere; sin embargo, no quiero que os quejéis: tomad.

—Pues sois cómplices por ocultación de todo lo que aquí haya sucedido: pero vamos, vamos al registro y al embargo.

—Primero es sacar de aquí á estos tres, dijo monsieur de la Chaumiere.

—Oye tú, Malduerme, y tú, Moscon, llevaos á estos tres á la cárcel.

Dos alguaciles se apoderaron de Pedro y de las dos doncellas, que empezaron á poner el grito en el cielo, apesar de lo cual fueron llevados.

XVIII

—Quedaos solo conmigo, señor alcalde, dijo monsieur de la Chaumiere.

Los otros dos alguaciles bajaron á reforzar la guardia del postigo, y el alcalde y Mr. de la Chaumiere se quedaron solos.

XIX

Mr. de la Chaumiere tenía una vaga esperanza de que hubiese quedado en la casa el cofre que había visto lleno de oro y alhajas, porque le parecía que era muy pesado para que hubiera podido cargar con él Cabezudo.

—Soltera, parecia, señor, contestó Pedro.

—¿No tiene parientes vuestra señora?

—No lo sabemos... como no fuera parienta del excelentísimo señor marqués de Castroviejo, respondió Pedro.

—Apuntad, Gorguillos, dijo el alcalde.

—No apuntéis, dijo Mr. de la Chaumiere, porque el marqués de Castroviejo ha muerto.

—No importa; apuntad: por el muerto llegaremos á algun vivo.

Gorguillos apuntó.

—¿No entraba nadie en la casa? dijo el alcalde.

—Si señor, entraba mucha gente; particularmente desde dos meses á esta parte, respondió Pedro.

—Id diciendo los nombres.

—No puedo, señor; porque todos los que venían entraban de noche cuando ya estábamos huérfanos; los sentíamos, pero no los veíamos, porque entraban á oscuras.

—¡Hum! dijo el alcalde; aquí hay mucho delito: ¿y vosotras no habéis treído y llevado cartas? Las doncellas sirven para esto.

—No señor, contestó Juana; cuando se nos basó, se nos dijo que no saldríamos; y en efecto; desde que entramos no hemos salido, y consentimos, porque se nos daba muy buen salario.